

Ávila

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2010
Todos los derechos reservados

Índice

1	Las murallas	5
2	Las Puertas	33
3	La Repoblación del siglo XI	51
4	San Vicente	61
5	San Pedro	79
6	Nuestra Señora de la Antigua	91
7	La Catedral	95
8	Mercado Chico	125
9	San Esteban	139
10	San Segundo	145
11	El río Adaja	153
12	Ermita de las Vacas	161
13	Monasterio de Santo Tomás	167
14	Conventos junto a la muralla	191
15	Iglesia de Santiago	201
16	Santa Ana	209
17	Las Gordillas	221
18	San José	227
19	Calle Duque de Alba	247
20	Santo Tomé y los Deanes	259
21	San Antonio	273
22	San Francisco	287
23	San Andrés	293
24	San Martín	301
25	La Encarnación	309
26	Junto a la Catedral	325
27	Palacios de los Águila	341
28	Capilla de Mosén Rubí	353
29	Henao y Polentinos	363

30	Plaza de la Santa	371
31	Torre de los Guzmanes	389
32	Palacio de los Dávila	397
	Reflexión final.....	403

1

Las murallas

Si algo caracteriza a la ciudad de Ávila es el monumento imponente que es su muralla. Desde el tren, viajando por carretera, se percibe en la distancia como un límite cerrado, una piel que rodea el contenido interior de esa ciudad que he visitado varias veces intentando echar a un lado imágenes heredadas, la de ciudad conventual, ciudad políticamente conservadora. Viajar, visitar los lugares, tiene ese fruto, el de ampliar el conocimiento y permitir ver y valorar por ti mismo qué imagen es la que finalmente queda en tu memoria.



Y lo primero de lo que hay que hablar es de su muralla. Su extensión es considerable, más de dos kilómetros y medio, de forma que cada veinte o treinta metros se levanta un torreón semicircular hasta totalizar un número de 88, muchos de ellos visitables. Conforman así todo el límite de una ciudad en forma de rectángulo con sus lados más cortos dirigidos hacia el este y el oeste.



No todas las almenas se pueden recorrer. En mi última visita acababan de abrir un tercer tramo a los dos que conocía anteriormente y las obras proseguían, sobre todo en una de sus puertas, acabada ya la restauración de una de las principales.

Si nos situamos sobre un plano de Ávila podemos observar su figura rectangular. El tramo más largo visitable de su muralla recorre gran parte del lado norte, a partir de la puerta del Carmen, dobla su trayectoria sobre la de San Vicente, para alcanzar en el lado este la puerta de las Carnicerías.

Allí detiene su trayectoria el enorme cimborrio de la Catedral que se incrusta en la muralla impidiendo el paso al otro lado pero demostrando, además, que la erección de esta última coincidió con la de la actual Catedral siendo ésta concebida bajo un modelo donde predominaba tanto lo militar como lo eclesiástico.

Un segundo tramo de la muralla requiere bajar al nivel de la calle, recorrer unos metros hasta la puerta del Alcázar, aún en el lado este y subir de nuevo a las almenas eludiendo la masa Catedralicia. De este modo se observa la ciudad desde la torre del Baluarte y la del Homenaje, ya haciendo esquina con el lienzo sur de la muralla que puede recorrerse en unos doscientos metros como mucho.

El tramo tercero, recién abierto al público cuando lo he visitado este verano, está en el extremo opuesto al que acabamos de mencionar. En efecto, sobre la puerta del Carmen, en el lado norte, hay obras que impiden el paso más allá pero bajando por el interior de la ciudad hasta el lado oeste, se puede ascender de nuevo para visitar tanto el tramo norte que quedaba como gran parte del lienzo oeste

de la muralla, sobre el río Adaja. Más allá se observa cómo continúa, agreste y lleno de hierbajos, el perfil de las almenas hasta conectar con el segundo tramo mencionado en el lado sur.

Desde este lugar privilegiado se contempla toda la ciudad y su entorno. Hay dos niveles en la misma. La parte más alta es la del lado este, donde se conservan las puertas de mayor riqueza, se extienden los palacios nobiliarios y se acumulan los hechos históricos medievales. Hacia la mitad de la extensión ciudadana hay una profunda bajada hacia el río Adaja, en el lado oeste, que coincide con la parte tradicionalmente más humilde y empobrecida. Tal distinción en cuanto a las casas y aspecto de sus habitantes se conserva pero ya hablaremos de ello más adelante, cuando recorramos dichas calles. Lo que esto significa de momento es que hay que salvar dicho desnivel también en la muralla que, aunque presenta una altura media de doce metros, alcanza en el lado norte su mayor altura. El recorrido entonces, si además coincide en plena canícula veraniega, se hace algo dificultoso. La subida a los torreones donde se permite se lleva a cabo subiendo peldaños altos y fatigosos para una persona de mediana edad. Sin embargo, merece la pena porque el paisaje a contemplar resulta interesante siempre y permite hacerse una idea de qué construcciones apuntan su presencia entre los tejados vecinos, una vez que se reconocen.

Eso es lo que haremos a continuación, si bien conviene valorar la importancia histórica de esta muralla a partir de algunos datos imprescindibles para comprender cómo llegó a construirse.

Hubo un tiempo en que todo este terreno estaba ocupado simplemente por un castro de vetones, una de esas culturas celtibéricas que compartieron con los vecinos vacceos los terrenos de la actual provincia de Ávila hacia el s. II a.C. Su principal rastro hasta nuestros días son los llamados verracos, especie de tótems en forma de cerdo o toro, que salpican estas tierras. Uno de ellos, por cierto, se encontró en perfecto estado de conservación hace unos veinte años en excavaciones realizadas en el subsuelo de la muralla a la altura de San Vicente. Ello denota que los vetones seguramente construyeron un muro de piedra para proteger el castro que, al menos en su lado este, coincidía con la actual disposición.

Por entonces, el lugar debía de ser denominado como Obila, nombre que se ha supuesto podía expresar “monte alto” o simplemente “término”. Con los romanos la ciudad pasó a llamarse Abela que se transformaría en Abula en tiempos medievales. Hay cierta polémica entre los historiadores sobre la longitud y estructura de la muralla que indudablemente levantaron en torno al extenso campamento aquí situado. Se han encontrado restos de lápidas y piedras de origen romano en la actual muralla, construida muchos siglos después por los cristianos. Ello ha permitido suponer que se construyó reaprovechando el material de una muralla anterior. Es probable que fuese así pero también lo es que la construcción romana no alcanzara en modo alguno la altura y espesor de la actual muralla, además de que muchas de esas piedras que los cristianos reaprovecharon debieron salir de la necrópolis romana establecida frente a la puerta de San Vicente, en el ángulo nororiental.



En lo que sí parece haber coincidencia es en reconocer que la muralla y, por tanto, la ciudad romana no se extendía tanto como la ciudad de Ávila que hoy podemos recorrer. En efecto, la mayor ciudad romana de centro y noroeste peninsular era León, que contaba con una muralla de 1.780 metros de longitud. Parece impensable que la romana Abela la sobrepasase en ochocientos metros. Otros indicios permiten afirmar que la ciudad romana era casi un cuadrado (algo habitual en las construcciones de aquella época, semejantes a campamentos militares) que ocupaba la parte alta de la actual ciudad, de manera que su muralla oeste estaría algo lejos del río Adaja (no como ahora, bordeándolo) con un lienzo que fuese desde la actual puerta del Carmen, por la

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

